

LA TRASCENDENCIA DE LAS FIESTAS RELIGIOSAS EN LA CULTURA ANDINA Y EN LA TRADICIÓN QUICHUA-AYMARA EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA DE LOS TERRITORIOS LATINOAMERICANOS. EL CASO DE LOS INMIGRANTES BOLIVIANOS RESIDENTES EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA

Silvia Carina Valiente

INTRODUCCIÓN

La presencia de inmigrantes de países limítrofes merece diversas lecturas. Por un lado, son víctimas de conductas discriminatorias, prejuicios y marginación. En contrapartida, puede realizarse otra lectura, la cual aparece relacionada con el despliegue de eventos sociales, cobrando especial importancia dado el ámbito en el que se insertan, como pudo observarse en el caso de nuestro estudio.

Los inmigrantes bolivianos residentes en la ciudad de Córdoba desarrollan prácticas sociales que denotan la trascendencia que los eventos sociales, y en especial, las fiestas religiosas, tienen para su cultura. Las mismas adquieren relevancia en el actual momento histórico caracterizado por la globalización de la cultura y mundialización de la economía.

Dado este contexto, las explicaciones que se brindan giran en torno a distintos discursos que priman el regreso a lo local en reacción a la globalización, la que se vio reforzada en los últimos veinte años por la crisis del Estado benefactor, el fin de la planificación territorial, según Benko.

Desde otra perspectiva, M. Giorgis observa como en el presente momento caracterizado por la homogeneización e integración cultural, las etnias y las naciones no desaparecen sino que crean nuevos significados generando al mismo tiempo procesos de diversidad y heterogeneidad, construyendo espacios y asentamientos en comunidades estables, barrios o redes locales.

En este trabajo, la lectura que se realiza a cerca de la significación que cobra el despliegue de eventos religiosos, está ligado a la resignificación de las dimensiones de espacio y tiempo, y en él, el rescate de la memoria colectiva.

LA TRASCENDENCIA DE FIESTAS RELIGIOSAS EN LA CULTURA ANDINA Y EN LA TRADICIÓN QUICHUA-AYMARA

La trascendencia de fiestas religiosas es uno de los aspectos centrales de la cultura andina. La religión aparece como el elemento unificador a partir del cual se dan las vías de integración entre los distintos estratos sociales. El fervor por la religiosidad y fiestas populares es el común denominador de cultura andina.

García Canclini observa que las fiestas y las artesanías son centrales en los pueblos indígenas y muchos mestizos, y sintetizan los principales conflictos de su incorporación al capitalismo. Agrega que la fiesta en sí resume la vida entera de una comunidad, su organización económica y sus estructuras culturales, sus relaciones políticas y los proyectos de cambiarlas. La fiesta irrumpe el trabajo habitual, se visten con ropa especial, preparan comidas y adornos inusuales. De allí su carácter de discontinuidad y excepcionalidad. (García Canclini, Néstor: *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen. México 1984: 73-83, en Giorgis, Marta (1992): *Apunte de la cátedra Antropología cultural*).

Gusdorf brinda otra perspectiva que tiende a privilegiar la experiencia mítica. El mismo, considera a la fiesta como la fusión del tiempo y espacio mítico con el tiempo y espacio ordinario, profano, en el que no existe el espacio neutro y homogéneo, por el contrario, sostienen que los grupos humanos son quienes impregnan de cualidades propias a cada lugar a cada instante.

Estima que la fiesta es el despliegue de lo sagrado, teniendo por función comunicar el tiempo y espacio ordinario con la experiencia extraordinaria, tal como anticipamos, cargando la realidad humana de lo sagrado y regenerándola. Allí tienen lugar los ritos. La fiesta aparece como una liturgia global, como un fenómeno total, en el que participa toda la comunidad.

El exceso forma parte de la naturaleza misma de la fiesta. Con el fin de recrear lo sagrado, el tiempo original, hay superabundancia de energías de toda clase, todo se permite, de allí el dicho de "los hijos del carnaval". Es un modo de afirmación de la comunidad, circulan bienes materiales pero también sentimientos. Se genera un clima de generosidad e intercambio, el hombre da y entrega.

En la fiesta se pierden la individualidades, la distancia social disminuye hasta el punto de confundirse. La fiesta constituye el punto culminante de la vida social, de la vida en comunidad, es por sobre todo un hecho comunitario. Puede decirse que la fiesta constituye el único período en que la comunidad se expresa íntegramente.

En las comunidades andinas se considera que la vida festiva es vida por excelencia, irrumpe la cotidianeidad. La fiesta requiere de ciertos ritos. Se comen ciertos platos, se realizan ciertos paseos, se toma parte en ciertos juegos y en ciertas danzas. Se realizan novenarios, procesiones, y se asiste a ceremonias religiosas.

En síntesis, la fiesta es trascendencia en acto. Se afirma el origen del ser, se mantiene la unidad, la coincidencia de lo real e ideal, del hecho y del valor. La fiesta apela a una sinceridad nueva, se renuevan promesas, se toma conciencia de su función social, cada uno se afirma en la colaboración con el otro.

En relación a la tradición quichua-aymara, Marta Giorgis estudió la importancia de las fiestas en la cultura boliviana, y reconoció que las religiosas son el componente central en la vida individual y social de las poblaciones quichuas y aymaras, significando la conquista y colonización hispánica el traslado del cristianismo e imposición de la evangelización como la no eliminación total de creencias religiosas en los pueblos andinos. A esa práctica religiosa se incorporan prácticas tradicionales como el baile, comidas y bebidas. (Giorgis, Marta 1998).

A modo de cierre, la fiesta constituye una alternativa, permite por un instante el escape de la realidad, salir del tiempo y el espacio ordinario para pasar a otro extraordinario, lo cual significa la resignificación o cualificación de estas dimensiones. Durante esos días, se liberan tensiones y se vive plenamente.

LA FIESTA COMO RESCATE DE LA MEMORIA SOCIAL

La reconstrucción identitaria de los inmigrantes bolivianos residentes en populosas barriadas de la ciudad de Córdoba, se da a partir de prácticas sociales vinculadas a fiestas religiosas por la centralidad que ocupan en la vida social y por la importante función que desarrollan de rescate de la memoria colectiva.

En la ciudad de Córdoba, muchos sitios recrean la presencia boliviana. El mes de agosto, es mes de festejos por excelencia. El 1º de agosto se rinde culto a la Pachamama. Le sigue Villa Bustos, la fiesta de la virgen de Nuestra Sra. de Copacabana. Continúa el 6 agosto con la conmemoración de la independencia boliviana.

En esa oportunidad se realiza un acto solemne con la presencia del intendente de la ciudad y el cónsul de Bolivia, por lo general en la principal plaza de la ciudad, la plaza San Martín. Le sigue la fiesta de la virgen de Urcupiña de Villa El Libertador y Villa Azaláis, ésta última se hace con un día de diferencia –sábado en Villa El Libertador y domingo en Villa Azaláis- de modo que todos puedan participar. Desde 1998, barrio Santa Isabel –colindante a Villa El Libertador- hace la fiesta de la virgen de Urcupiña una semana mas tarde. Esa solidaridad, también se refleja cuando fraternidades participan en diferentes fiestas. Por ejemplo, en 1998 hizo lo propio en la fiesta de Charrúa (Buenos Aires) el centro cultural “Corazón de América”.

Fiestas de este tenor se realizan también en distintos puntos del país. En Capital Federal y Gran Buenos Aires: Exaltación de la cruz y Tata Lugano en Villa Lugano, Señor de Maika en Lomas de Zamora, Virgen de Urcupiña en Villa Celina, Nuestra Sra. de Copacabana en ex-Villa Soldati, Fuerte Apache y Villa Celina, y en la prov. de Santa Fe, la fiesta de la virgen de Chaguaya.

Otra que está empezando a cobrar popularidad es la fiesta de Navidad. Ésta tiene algo especial, diferente de como es vivida por los vecinos del barrio. En Bolivia se acostumbra adorar al niño durante el período navideño. Una familia tiene la imagen del niño, éste es adorado en algunos lugares solamente por niños, a los que en la fiesta de Navidad se los invita con caramelos, buñuelos, y otras cosas. En otros, es adorado por los adultos también, donde en la fiesta se invita con picana, comida típica de las fiestas de fin de año, que consiste en un estofado de carne de cerdo, vaca o cordero con verduras y papas bien condimentadas.

Otra muy tradicional en Bolivia pero que todavía no se hace en el barrio -todavía porque hay intenciones de recrearla-, es la fiesta del carnaval en honor a la virgen de la Candelaria, la virgen del socavón, de las minas, donde participa el diablo, quién es llamado el tío y viene a ser el guardián de los minerales.

Cuenta la leyenda que había un pueblo pecador (Oruro) y unas bestias estaban entrando a la ciudad. Oruro está rodeada de rocas y desierto con mucha arena. Entonces ese pueblo estaba en pecado y todas las bestias estaban por invadir el pueblo, entonces llega la virgen para salvarlos, la virgen de la Candelaria, y se produce la lucha del bien contra el mal. Como triunfa el bien, es un ángel quien coordina la diablada. Le siguen Lúclifer y los otros diablos. Así, el diablo también baila para la virgen.

En síntesis, este despliegue de bolivianeidad recrea sus marcas culturales, su identidad a través de las fiestas religiosas, danzas, músicas, comidas y coloridos trajes, a la vez que reafirma su presencia en el

lugar generando una nueva forma de arraigo que reduce la distancia entre su país de origen y su nuevo destino, custodiando a su memoria colectiva de correr el riesgo de caer en el olvido .

FIESTA DE LA VIRGEN DE URUCUPIÑA, FIESTA POR EXCELENCIA

“El tema de la religiosidad, de la virgen de Urcupiña es la manifestación que revela una identidad ancestral boliviana. Hay mucho uso del incienso, hay una reverencia religiosa frente al sacerdote. Sin duda en Argentina somos mas europeos,, mas light, en cambio el resto de latinoamérica es mas tradicional en la religiosidad” (Palabras de Pol en entrevista).

Año a año, cada 15 de agosto puede percibirse en los medios de comunicación los distintos eventos que se levantan en honor a la Virgen de Urcupiña.

Esta fiesta comenzó a realizarse en Villa El Libertador cuando una familia con residencia en éste, viajó a Bolivia a la fiesta de la virgen de Urcupiña y trajo una réplica de la imagen de la virgen de Quillacollo, lugar donde se desarrolla festejo en Cochabamba. Dos años más tarde, otra familia hizo lo mismo. Estas imágenes tiene la particularidad de no salir del barrio.

Dicha fiesta comenzó no siendo en el barrio por no contar con el apoyo del sacerdote que estaba a cargo de la parroquia en aquel momento, motivo que llevó a realizarla en barrio Las Flores (cercano), donde reside un importante número de familias bolivianas. La primer fiesta en Villa El Libertador –la mas promocionada-, data de 1983, pero comenzó a cobrar popularidad hacia 1988, año coincidente con la llegada al barrio de un sacerdote de gran carisma, “Beto”, muy allegado a la gente y a sus problemas.

La fiesta de la Virgen de Urcupiña es fiesta por excelencia por su alto contenido simbólico. Representa una forma de contener los significados en el curso de la historia y una manera de expresar lo propio y valioso. Es la máxima expresión de su identidad y una manera de resaltar su presencia en el barrio y en la ciudad.

Es un signo de reafirmación como grupo. Cada año se renuevan promesas a la Virgen de Urcupiña, y se irrumpe la cotidianeidad, por setenta y dos horas, la comunidad boliviana se viste de fiesta. Se dejan de lado los problemas y carencias cotidianas para dar paso a un clima festivo que transporta a la comunidad a su Bolivia natal. Ese es el espíritu que dio origen a esta fiesta y la recrea cada agosto, estableciendo un vínculo afectivo con su país de origen en un contexto que no le es propio.

REFLEXIÓN FINAL

Tal como se expuso, el despliegue de prácticas sociales ligadas al espíritu religioso, cobra especial atracción en ámbitos urbanos, como la ciudad como Córdoba, dada la tendencia que pareciera guiar a las ciudades en el presente, camino hacia la desterritorialización. En este marco, resulta valioso como un grupo minoritario del conjunto social –inmigrantes bolivianos- realza su conciencia de grupo reterritorializando una identidad ancestral.

Ésta cumple una función colectiva rescatando de la memoria símbolos nacionales y étnico referentes de identidad y cohesión social, reconstruyendo su identidad en un contexto que no les propio, y creando una nueva forma de arraigo a partir de su reafirmación como grupo. En la misma, como pudo registrarse, que la práctica religiosa ocupa un lugar central en este proceso.

Así, populosas barriadas cordobesas con notoria presencia de inmigrantes bolivianos, emergen en el contexto de la ciudad como puntos en que tienen lugar expresiones que adquieren relevancia en el presente momento histórico, sintetizando la fiesta la vida en comunidad, los esfuerzos de un año de trabajo, la disminución de la distancia social no sólo entre los propios bolivianos, sino entre ellos y el resto de la población.

Por estas razones, es que la fiesta constituye el punto culminante de la vida social, de la vida en comunidad, porque es por sobretodo un hecho comunitario. Puede decirse que la fiesta constituye el único periodo en que la comunidad se expresa íntegramente, y en que se olvidan los problemas cotidianos. Por unos días al año se transportan a su tierra y hacen valer su condición de inmigrantes, realizando su presencia en la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

* GARCIA CANCLINI, Néstor: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. 1º edición México. Grijalbo, 1995.

- * GIORGIS, Marta: *Apunte de cátedra Antropología cultural*. Titular de cátedra: Lic. Marta Giorgis. Escuela de Psicología. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba, 1992.
- * GIORGIS, Marta: *Y hasta los santos se trajeron. La fiesta de la virgen de Urcupiña en el boliviano gran Córdoba*. Tesis de maestría en antropología social. Universidad Nacional de Misiones, 1998. Inédito.
- * GUSDORF, Georges: *Mito y metafísica*. Buenos Aires. Nova, 1968.